

J'et boe!

2026

Cruce de caminos



Revista 'J'et Be' es una publicación del Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026.

Cuidado de edición: Claudia Ramos Guillén

Diseño de Portada: Rosa Bejarano

Divulgación y comunicación: Rosa Bejarano

Fotografías de este número: archivo fotográfico Moxviquil.

Todos los textos de esta publicación llevan la siguiente licencia excepto cuando se especifique lo contrario

CC BY 4.0

© Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil

© de los textos y fotografías de las y los autores

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org

Bitácora de la semilla: la voz de la tierra en mi sangre y la promesa de la cosecha

Cleotilde Olivera Santiago

Deseo habitar la ternura como refugio y la curiosidad como camino; que sean ellas las que dicten el rumbo de mi existencia y mi siembra en el territorio.

Cleotilde Olivera Santiago

CLEOTILDE OLIVERA SANTIAGO

Educadora comunitaria.
Estudiante de la Maestría en
Educación y Comunicación
Ambiental Participativas (ECAP),
Generación 8. IESDHS Moxviquil.

Soy Cleo. Nací el 13 de febrero de 1989, en la comunidad de Estancia de Morelos, en Santiago Atitlán Mixe, Oaxaca, cuando faltaban apenas diez minutos para que terminara el día. Mi madre siempre cuenta que quiso llamarme Valentina, quizá influida por la cercanía con el 14 de febrero; se me hace irónico y gracioso.

Para mí, mi "yo ambiental" es la razón por la que estudio la maestría ECAP y del porqué siento que forma parte esencial de mi ser como mujer y actualmente como educadora comunitaria.

Este texto lo elaboro desde mi postura política de vida, con mis errores y aprendizajes a costas, con la mirada de quien ha conocido a muchas personas que han contribuido e incidido en su vida de formas tanto positivas como negativas, desde la mirada de una niña sobreviviente de violencia, que ha buscado salvarse, cuidarse y protegerse a través del amor al entorno natural y de la ternura hacia las infancias.

Mi intención es relatar los momentos y fragmentos que me han construido, agradecer a quienes formaron parte de mi manera de comprender la vida y que me enseñaron a relacionarme de forma más armoniosa. Sigo transitando ese camino para vivir en tranquilidad y equilibrio con mi cuerpo y con la naturaleza. No pretendo revictimizarme ni ensimismarme, pues en el origen de mi forma de ver las cosas existe un trasfondo de dolor, miedo y ego que durante un tiempo oculté y que me lastimaron profundamente. Pero también quiero darme la oportunidad de expresar cuánto amo lo que hago y por qué lo hago.

Declarar quién soy: un origen marcado por la tierra y la memoria

Gran parte de los hombres y mujeres de mi familia han sido maestros, maestras, agrónomos y agrónomas, sembradores y sembradoras de semillas y letras. Mi tío abuelo Víctor formó parte del INI (Instituto Nacional Indigenista), y varios de mis tíos comenzaron dando clases en Conafe hace más de 50 años. En casa de mi abuelo abundaban los libros y materiales educativos; era común ver a personas desconocidas —en su mayoría hombres— que vivían temporalmente en el pueblo para dar clases. En ese entonces había una verdadera carrera por la alfabetización en México, especialmente por llegar a los rincones más apartados del país.

También recuerdo ver pasar por la casa de mi abuelo —muy católico, por cierto— a "monjes" y diáconos extranjeros que iban a los pueblos a evangelizar y a dar clases a los hombres adultos que

quisieran aprender a leer y escribir. Mi abuelo tenía muy arraigada la idea de que la educación formal era fundamental para el crecimiento del pueblo. Por eso aceptaba dar alojamiento y comida a todas las personas que acudían a él para hacer "cosas buenas" en su territorio.

Mis recuerdos son vagos, pero sé que mis tíos tenían un gran deseo de transformar e incidir en las comunidades a las que acudían. Llegaban a ellas en burro o caminando durante días. Hasta hoy cuentan sus experiencias como algo revolucionario, y las añoran profundamente. El arraigo de mis tíos es admirable: aun jubilados, su vocación de servicio sigue viva. La comunidad es su centro y su identidad; un espacio donde honran a sus ancestros a través la música y la preservación de su lengua materna.

Mi abuelo paterno, Pancho, fue una de las personas que me transmitió el amor comunitario y gozo de una taza de café cosechada en familia. Durante toda mi niñez lo admiré; lo veía como alguien poderoso. Cuando regresaba de la agencia del pueblo, con su sombrero "panza de burro" (negro), sus guaraches mixes, su cuaderno, su lápiz y esa mirada imponente y a la vez tierna, siempre hablaba de los conflictos del pueblo y de cuánto deseaba aportar. Fue uno de los pocos adultos que aprendió a leer y escribir muy bien en español y en mixe, por ello llegó a ser agente municipal y representante del pueblo en la iglesia en varias ocasiones.

Amo profundamente a mi abuelo. A pesar de su machismo, intentó reivindicarse y reconocer a mi abuela, a sus hijas y a sus nietas como parte fundamental de la familia. Les heredó las tierras que todos y todas trabajaron, y realizó los trámites muchos años antes de morir para que estuvieran protegidas por la asamblea comunitaria. Siempre nos tenía presentes en sus oraciones; cuando pudo, nos ayudó económicamente en etapas difíciles. También nos mostró lo hermoso que era trabajar la tierra, pues siempre nos llevaba con él, aunque sabía que, por ser pequeños, solo íbamos a jugar. Sembró hasta sus últimos días. Murió enfermo, de una enfermedad que no lo dejaba partir; sufrió mucho... y a veces pienso que eso también fue parte del pago por la vida que llevó.

Él creía en la reencarnación y en los nahuales, y yo también lo creo. Sé que anda por ahí, siendo feliz entre los cafetales, la montaña y las nubes, mi abuelita Regina también lo siente.

Mis orígenes están tejidos de contrastes. Mi madre, María, viene de la costa: de ese territorio donde el mar respira con ritmo propio, donde la luz es más suave, el sol se ve esplendoroso y la sal se queda en la piel. Mi padre, Zeferino, en cambio, es serrano: hijo de la montaña, del frío que despierta el cuerpo, de los caminos empinados y de los silencios que hablan. De ambos nació yo, con la mezcla de dos geografías y territorios que me definen y a los que les guardo amor.

Mis abuelos paternos y mi abuela materna son una parte fundamental de mi formación. A través de ellos conocí las historias de sus territorios, los cultivos que trabajaban y que los alimentaban, su cosmovisión y el profundo significado del arraigo y la pertenencia. Siempre he pensado que gracias a ellos desarrollé la curiosidad y el amor por la naturaleza.

El internado: la infancia que me rompió y me reveló

Recuerdo haber tomado verdadera conciencia de mi entorno cuando mis padres me llevaron lejos del pueblo. Tenía seis años cuando me inscribieron en un internado, con mi hermana mayor y una de mis tías. Así que, desde ese momento, éramos tres en aquel lugar. Nunca hablo de lo que ocurría realmente dentro del internado, pero sí puedo compartir aquello que, a pesar de todo, me hacía sentir bien.

Mis padres nos dejaron ahí porque era una alternativa de educación económica, porque tenían otros dos hijos que atender —mis hermanos Eliezer y Yesenia— y porque mi mamá enfrentaba un problema grave en el hígado que requería operación. Muchas circunstancias se acumularon, mezcladas con

inmadurez e irresponsabilidad de su parte; no las justifico, pero ahora las entiendo desde otro lugar.

El internado me mostró mi vulnerabilidad y mi fragilidad, pero también me permitió descubrirme: conocer mis gustos, mis habilidades, mis pequeñas pasiones. Y muchas de las cosas que descubrí ahí siguen siendo parte de mi vida hoy. Recuerdo los jardines, los árboles enormes de jacaranda y de nuez, la cancha y las palapitas donde hacíamos la tarea o jugábamos. Uno de los momentos más felices eran los talleres: música, pintura y, sobre todo, bordado. Nuestra maestra de bordado era una mujer mayor —o así la veía yo entonces—, dulce y paciente, que siempre llevaba hilos de colores que yo disfrutaba mirar y jugar hasta en redarlos.

Mi hermana Olimpia estaba en un taller de danza folclórica. La veía tan feliz en cada presentación que, incluso sin entender del todo, sabía que esos bailes era parte de su alma. Hasta hoy sigue siendo una gran bailarina y, además, una maestra de primaria excepcional.

También recuerdo con cariño las dinámicas de trabajo colectivo. Había niños y niñas de muchas regiones del estado, era maravilloso, raro y sorprendente escuchar los distintos idiomas que hablaban. Los momentos de juego me fascinaban: muchos llevaban juguetes de sus pueblos, o sus familias les enviaban alguno; siempre había algo nuevo que observar, tocar o imaginar.

Terminé sexto de primaria en una escuela de la ciudad, porque ya vivíamos ahí. Mi madre siempre nos infundió un miedo profundo hacia la vida urbana: para ella, todo lo que ocurría en la ciudad era peligroso. Ese último año fue cuando descubrí que, aun siendo pequeña, tenía una fuerza que otros no. Me sentía libre.

Casi al final del ciclo escolar cambiaron de maestro. El que llegó, Daniel, era un joven normalista lleno de entusiasmo, con una postura política que yo no alcanzaba a comprender, pero que marcaba su manera de enseñar. Usaba papel revolución para los ejercicios y exámenes, llevaba su propia imprenta de serigrafía, hablaba mixteco, reciclaba objetos, ponía música en el salón, nos hacía movernos, inventaba juegos extraños y divertidos. Nos abrazaba y nos llamaba "hijas" o "hijos". Un día nos llevó a un parque grande de la ciudad; hicimos un campamento y nos contó historias que aún recuerdo con nitidez.

El maestro Daniel fue la primera persona realmente interesada en el tipo de educación que recibíamos. Le tengo un cariño inmenso, aunque nunca volví a saber de él. Influyó profundamente en mí. Le debo aprendizajes, acompañamiento y, sobre todo, haberme hecho sentir comprendida. Él hablaba conmigo, me motivaba, me hacía creer en mí. Gracias a él y a mi madre terminé la primaria.

Mujeres que construyen: el linaje que estoy sanando

Mi madre es una figura fundamental en mi vida, porque gracias a ella encontré la valentía para hablar y actuar. Ella siempre creyó en mí, no me dejó caer. Cuando tartamudeaba, cuando no entendía mis tareas en mi última etapa de primaria, se dedicó por completo a ayudarme hasta verme mejor. Sé que trató de ser una buena madre... y para mí lo es.

Ahora, a sus 65 años, es una mujer imparabile: también siembra y tiene su propio huerto. Mi abuelita materna, Lenchita, y mi madre llevan en la sangre la construcción. Ellas dos nos enseñaron a construir, desde hacer un adobe hasta una pared, a no quedarnos quietas, a resolver, a actuar y a ser mujeres independientes. De mi abuela Lenchita aprendí a reciclar, a armar y desarmar, a crear e inventar, ella siempre utilizó muchas cosas a su favor. Ella fue curandera, conocía a fondo el poder de la naturaleza y los misterios de su tierra. Tenía una conexión mágica con el medio ambiente que proyectaba en todo lo que hacía: desde sus rezos y su fe, hasta la nobleza de su mirada y la profunda bondad de sus manos cuando sanaba sobando. Hablar de mi abuela materna es contar otra historia aparte.

Mi abuela paterna, Regina, mujer albina y originaria de Santa María Tlahuitoltepec Mixe, es una de esas presencias que se vuelven raíz. Fuerte por la vida misma, por la siembra de papa, por el cuidado de las vacas y por todo lo que la tierra exige y devuelve. Es una mujer a la que aún visito con frecuencia, y cada encuentro con ella me llena de una ternura profunda. La amo porque, incluso desde sus silencios, siempre dice más de lo que mil palabras podrían expresar.

Recuerdo que cada vez que subíamos a la montaña para pedir por buenas cosechas, ella hacía sus pedimentos con una mezcla de amor, fe y esperanza que solo las abuelas saben conjurar. Mientras el viento corría entre los árboles, sus manos blancas con pecas y su mirada hablaban con la misma intensidad con la que late la tierra, y nosotros a su lado, entendíamos que en esos gestos silenciosos se guardaba una forma de sabiduría que hasta ahora voy comprendiendo.

Mi familia es el origen de mi "yo". Soy el reflejo de mis vivencias: de lo que vieron mis ojos en el pueblo y en la ciudad, de las voces e imágenes que mi memoria guardó, de todos los lugares que he pisado, de las niñeces, los hombres y las mujeres que he conocido y que me han compartido sus saberes.

El movimiento constante: caminar otros territorios para encontrarme

Salir de mi territorio también me ha permitido explorar otros mundos. He vivido —por elección— en muchos estados del país, guiada por mis circunstancias emocionales y económicas, y he disfrutado cada etapa.

Mi primera gran aventura fue recorrer las comunidades de Michoacán, donde conocí a personas que me motivaron a seguir mi camino ambiental. En la Reserva de la Biosfera de la Mariposa Monarca, presencié la valentía de hombres y mujeres que defienden el bosque de la tala ilegal. Es un lugar mágico, un pulmón y fuente de agua vital para los estados vecinos. Allí comprendí lo que significa enfrentar un problema real y conocí a mujeres valientes que luchan por sacar adelante a sus familias sin dañar el territorio que las rodea.

Mi camino me llevó a los límites de Oaxaca y Veracruz, a Loma Bonita; un lugar donde el uso desmedido de agroquímicos es evidente en la degradación del paisaje y los monocultivos. Allí conocí a personas en resistencia, quienes se niegan a abandonar su territorio y apuestan por una producción agroecológica. En esas tierras dejé huellas que, algún día, volveré a seguir.

Un día, la vida me condujo a las orillas del Usumacinta, un rincón vibrante de paisajes memorables. Allí vi a niños y niñas cruzar el cauce en lancha desde Jonuta hasta Palizada; para ellos, el río no era una frontera, sino el camino cotidiano hacia la escuela. Viví aquel año con la emoción a flor de piel, entregada a mi labor como huertera y coordinadora ambiental. Fue en esa calma ribereña donde Daniel y yo coincidimos. Juntos, descubrimos el aroma de la selva desde el rancho que habitábamos a pie de agua. Él encendió en mí una curiosidad nueva; hasta el día de hoy, Daniel es un territorio que sigo descubriendo con fascinación. Seguimos coincidiendo en nuestra historia y en ese amor por el agua, la tierra húmeda, la selva... y, por supuesto, lo inevitable: los mosquitos.

Ahora estoy aquí, en Chiapas, con la emoción viva de hacer cosas por las niñeces: de sanar, de contribuir, de incidir, de amar con ternura. Estoy viva, y eso es importante. Mi familia respalda mis "locuras" y siempre ha estado ahí para apoyarme, y lo sé porque les hace feliz cuando les cuento y transmito la emoción de lo que veo y escucho.

He recorrido diversos caminos, disfrutando de cada territorio que he pisado y de las enseñanzas que me han dejado los actores ambientales que he conocido. A cada uno de ellos los admiro y guardo sus lecciones como un tesoro en mi memoria.

Como educadora y ahora como estudiante de la maestría, me entusiasma explorar los territorios y utilizar el arte como una herramienta de representación simbólica. A través de la creatividad, mis emociones y saberes se transforman en una visión del mundo compartida; esto me permite narrar mi experiencia en comunidad desde un lugar de absoluta autenticidad y belleza.

Este reencuentro con la tierra es, en esencia, la recuperación de una cosmovisión que entiende la vida como un todo integrado. Retomar esta relación vital es abrazar la conciencia de que formo parte de un ciclo mayor; como decía mi abuelo Pancho, mi existencia no es aislada, sino que depende de una profunda reciprocidad con el entorno. En esta visión, el territorio deja de ser un simple escenario de práctica pedagógica para convertirse en el organismo vivo y sagrado que nos sostiene, nos dota de identidad y otorga un sentido trascendente a nuestra comunidad.

No puedo estar más agradecida con el universo, con mis ancestros y ancestras, con las diosas de aquí y del más allá, por permitirme despertar cada día y acudir a cada uno de los pueblitos donde doy servicio como educadora comunitaria. Son emociones que me llenan de ánimo, que me recuerdan que las cosas pueden cambiar y que otra educación es posible.



Cleotilde Olivera Santiago junto a niñas y comunidad educativa. Fotografía: archivo personal.



Estudiantes de la ECAP en sendero forestal. Caminar el territorio como práctica pedagógica. Fotografía: archivo IESDHS.

Revista J'et Be'

es una publicación digital periódica del
Instituto de Educación Superior en Desarrollo Humano Sustentable, Moxviquil A.C.
San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 2026

www.iesdhs.edu.mx | www.moxviquil.org